

Semiobiotica de Kinji Imanishi en su obra 'El mundo de las cosas vivientes': paráfrasis de 'similitud y diferencia'

Fernando Otálora-Luna

Laboratorio de Ecología Sensorial, Centro Multidisciplinario de Ciencias
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
Loma de Los Guamos, Jají, Mérida
República Bolivariana de Venezuela
Venezuela
otaloraluna@gmail.com

Fecha de recepción: 20/07/2017

Fecha de aceptación: 01/03/2018

Pág: 86– 96

Resumen

Nuestro mundo es un mundo de cosas, y es tal como lo reconocemos. Partiendo de una paráfrasis de los conceptos de similitud y diferencia que Kinji Imanishi nos revela en su obra 'El mundo de las cosas vivientes', el presente ensayo, comprometido con la subjetividad del objeto vivo, es decir de la cosa viviente, interpreta el poder ingenuo, innovador y original de las ideas de Imanishi en el contexto de la afinidad biológica que tenemos con el ambiente.

Palabras clave: Kinji Imanishi, semiótica, biología, el mundo, cosas vivientes.

Abstract

Our world is a world of things, and it is as we recognize it. Starting from a paraphrase of the concepts of similarity and difference that Kinji Imanishi reveals in his work: 'The world of living things', the present essay, committed to the subjectivity of the living object, i.e. the living thing, interprets the naïve, innovative and original power of Imanishi's ideas in the context of the biological affinity we have with the environment.

En la obra *El mundo de las cosas vivientes* Kinji Imanishi sentencia que “Nuestro mundo consiste en una enorme variedad de vida.” (Imanishi, K., 2011.)^[6] Esta frase del biólogo japonés nos viene, luego de tres cuartos de siglo, cargada de inequívoca y prodigiosa ingenuidad, como si cada una de las palabras que la componen llevase consigo el espíritu de profecías reveladas

desde un futuro irreverente. La semántica, sintaxis y pragmática de la frase de Imanishi motivan a revelar a la luz del siglo XXI, a través de una contemplación reflexiva, el significado, la composición y el contexto que solo desde este espacio que ocupa *mi* existencia, que es *mi mundo*, solo desde esta unidad semántica de la cual emerge *nuestro mundo*, se tiene el poder de representar.

‘Nuestro mundo’ no es otra cosa que el mundo tal como lo reconocemos. Pudiéramos decir que el mundo no es otra cosa que el mundo tal como lo percibimos. Sin embargo, Imanishi insiste en evitar el uso de la palabra ‘percepción’, y eludiendo el profundizar en las razones epistemológicas que lo motivan a este distanciamiento de la percepción psicológica, cerebral y racionalista, sin más ni más, simplemente aborda nuestro mundo desde el ‘reconocimiento’.

Reconocer es conocer otra vez. Imanishi explica que aun considerando lo ingenuo que pudiera ser nuestro reconocimiento del mundo, este debe ser explicado en términos de las relaciones que devienen entre las cosas según sus similitudes y diferencias. Nuestro mundo, eso que Iuri M. Lotman llama semiosfera (Lotman, I., 1966.)[8] inspirado en la noosfera de Pierre Teilhard de Chardin (Chardin, P., 1976.)[15]¹, en la biosfera de Eduard Suess (Cfr. “Eduard Suess (1831-1914): el hombre que quiso cambiar la faz de la Tierra,” en Sequeros, L. y García, C., 2014)[13] y Vladimir Vernadski, (Vernadski, V., 2007)[17] y en el Umwelt de Jakob von Uexküll (Uexküll, J., 1982)[16], es según Imanishi el reflejo ancestral de un origen común. Al fin y al cabo todos somos objetos post-estelares; en lo microscópico compartimos un origen común. Somos inmanentes. Venimos de microscópico big-bang, y de microscópica célula. Venimos, todas las cosas vivientes, de una sola y así no perdemos nunca nuestras similitudes. Y por eso, por muy distantes que sean nuestras genealogías siempre conservamos rasgos que nos son comunes, sobre tales rasgos se construyen nuestras diferencias.

Las similitudes son inmanentes (actio immanens) y microscópicas, y las diferencias son trascendentales (actio transiens) y macroscópicas.

En lo macroscópico somos originales pero sin repeticiones. Por ello Imanishi insiste en que el mundo consiste en una enorme variedad. Primero aclara que dos cosas no pueden ocupar simultáneamente el mismo espacio. O dicho de otra manera, dos cosas no pueden ocupar un mismo espacio-tiempo. Si entendemos esto se vuelve obvia y obligatoria la diferencia. Y luego apunta que la variedad viene dada justamente por la similitud, que al ocupar diferentes espacios y diversos tiempos se hace enorme. Eso que hoy llamamos biodiversidad y que se nos ha antojado como parte de la teoría estética en otro trabajo publicado recientemente (Otalora, F., 2017)[10], Imanishi lo llama “variedad de vida”. La variedad de vida de Imanishi es eso, diversidad de vida, diversidad biológica, biodiversidad.

En cuanto ‘enorme’ queda explícitamente dicho que de ninguna manera significa ‘infinito’, pues enorme, por muy grande que sea en relación a otra cosa que se le parece pero que es muy pequeña, no es tan exageradamente grande como para exceder los límites de lo finito. En cuanto

¹P. Teilhard de Chardin designa a la noosfera como “la envoltura pensante de la Tierra”. (pp. 33) En concordancia con los términos utilizados en este trabajo, sustituimos ‘pensamiento’ que se limita a lo humano, por ‘consciencia’ que incluye a todas las cosas vivientes; de modo que la noosfera está siendo la envoltura consiente de la Tierra.

a enorme Imanishi se refiere simplemente a muy grande variedad de vida, pero dentro de los límites de lo *posible*, consciente él como nosotros, de que los límites de lo *probable* son infinitos. De hecho lo *probable* como insumo de lo *posible* desborda toda posibilidad. Pues lo probable es *infinito* en tanto que lo posible puede llegar a ser enorme, pero resta *finito*.

Por ello la variedad de vida... es nuestro deseo insistir: hoy mejor conocida como biodiversidad... constituye en su asombrosa-mente enorme posibilidad, eso que acá llamamos semiosfera y que otros autores llaman 'consciencia colectiva', o simplemente consciencia entendida como una propiedad de la existencia. Sin embargo, preferible es acá utilizar el término semiósfera que el término consciencia como análogo al término 'nuestro mundo' de Imanishi, pues el término consciencia tiende tendenciosamente a ser confundido con el término pensamiento. Antonio Machado, a través de su personaje bioliterario Abel Martín, distingue consciencia versus pensamiento; declarando a la consciencia como la actividad de la "fuerza pura o sustancia universal" que independientemente del pensamiento "se reconoce a sí misma" (Machado, A., 1975)[9].

Nuestro mundo, consabido por Machado como la *consciencia* e íntimamente asociado al *Umwelt*, a la *semiosfera* y a la *noosfera* por el lado de las ciencias duras, y a la cultura, a la contra-cultura (Silva, L., 2011)² [14] y al *imaginario* (Cegarra, J., 2012)[?] por el lado de las ciencias blandas, es en efecto el abismal imperio de los sentidos que emerge del conflicto objeto-sujeto, o dicho en palabras de Imanishi, de la diferencia entre cosa no viva y cosa viva. Y es imperio, es dominio, es reino, porque es enorme, y es enorme porque nuestro mundo ha sido constituido por casi infinita variedad. Nuestro mundo ha sido constituido porque *él mismo* es una de las cosas que lo constan. Llegado a este punto de la constitución se descubre cuan vital es para Imanishi echar mano de la palabra cosa. Pues son las cosas vivas, en su variedad, las que constituyen el mundo.

Aparece aquí algo que luce como una contradicción lógica, pues nuestro mundo estaría constituido exclusivamente por cosas vivas, aparentemente dejando a un lado las cosas no vivas. Este abismo es superado, como ya se dijo, por el imperio de los sentidos que le da vida, a través del poder sensorial, a las cosas no vivas. Esto que resulta para algunos duro de tragar dada nuestra herencia (eurocéntrica judeo-cristiana) monoteísta, resulta en Imanishi naturalmente digerible dada su herencia animista japonesa, y su simpatía por lo panteísta; y a nosotros igualmente nos resulta rescatable dada nuestra herencia animista americana precolombina. Decir América es decir nuestra-América, y es decir, aunque poco se dice: Abya Yala. Por ello sentimos el mundo en la medida en que lo constituimos. Y la paradoja entre el sujeto y el objeto, entre la similitud y la diferencia, entre la ley que rige el mundo en que vivimos y el mundo mismo se abre como un abismo insalvable cada vez que nos interponemos *concretamente* en el mundo de las cosas vivas, dando paso así a la enorme variedad que nos compone, que nos

²Ludovico Silva, en la obra citada pp. 366, confiesa que su definición de cultura la encuentra dentro de Marx, y la sustenta no directamente de Marx sino del economista africano senegalés Samir Amin quien con la mayor simpleza enuncia: «Para nosotros, la cultura es el modo de organización de la utilización de los valores de uso». Más adelante Ludovico explica que «el capitalismo, como tal, por ser un sistema basado enteramente en los valores de cambio, no tiene propiamente una cultura, sino una "contracultura"».

constituye. Se trata, y es acá donde tengo la intención de anclar un cable a tierra: la vida se trata de un proceso constituyente.

Para poder pensar con mayor claridad en la vida como proceso constituyente es imprescindible apoyarse en el ya mencionado concepto de reconocimiento de Kinji Imanishi. El japonés explica en su escrito que es lo que él quiere decir con reconocimiento trayendo a colación otro concepto que le está íntimamente ligado, el concepto de intuición. De la intuición se ha dicho otro tanto en otro trabajo³. Aunque consciencia y pensamiento son dos entidades perfectamente diferenciables, no ocurre así con los conceptos de reconocimiento e intuición, quienes forman una inseparable pareja. Dejemos que sea Imanishi quien con sus propias palabras nos diga lo que es reconocimiento:

Lo que quiero decir, con el así llamado reconocimiento ingenuo, es que debemos aprehender las relaciones que existen entre las cosas de una manera intuitiva, sin compararlas [con nuestro pensamiento] [...], explicando los fundamentos para discernir sus similitudes y diferencias. Esta clase de intuición es, diría, un atributo innato de nuestro reconocimiento. La razón para ello descansa en nuestro origen común con todas las demás cosas del mundo; no aparecimos repentinamente en este mundo ni procedemos de otro, sino que nos desarrollamos en él, de manera que este reconocimiento innato ya se encontraba dentro de nosotros. La diversidad de las cosas que integran el mundo no representa formas completamente diferentes: nosotros y ellas nos desarrollamos conjuntamente. Nuestro común origen y desarrollo nos otorga una predisposición natural para reconocer fácilmente las relaciones entre las cosas.

Más adelante Imanishi aclara que este concepto de reconocimiento (intuitivo) no es de ninguna manera exclusivamente humano, y de hecho cuando considera los fenómenos propiamente humanos, no lo hace “desde un punto de vista humanístico, sino biológico”, en sus palabras. El japonés concibe el reconocimiento sin extrapolar *lo animal humano a lo animal no humano*, ni viceversa, sino discutiendo a ambos desde la misma base, apreciándolos como cosas vivas. Imanishi deja así abiertas puertas y ventanas no solo para los animales no humanos, sino también para toda forma de vida, desde el procarionta menos complejo pasando por todo tipo de planta hasta cualquier cosa viva más compleja, digamos un vertebrado como el *Homo sapiens*.

Incluso al referirse a la consciencia dice Imanishi que si bien “los humanos son conscientes – también las plantas lo son.” Al igual que Machado, a quien se mencionó anteriormente, Imanishi nos trae con una sinceridad ingenua, pero aplastantemente ingenua, la noción de que bacterias, moscas y árboles son cosas vivas y en esencia cosas conscientes. Esta noción panteísta de la

³La intuición la trato en un ensayo que recientemente he enviado a una revista para su consideración. Allí sostengo que... «La intuición se asocia con experiencias previas, y de acuerdo al controversial misticismo cuántico: incluso con el futuro. Pero no se puede explicar con claridad racional, sino con expresiones emotivas, de por qué, luego de procesar tal información, se llega a tal conclusión, decisión o creación (œuvre d'art). La intuición es un fenómeno de animales humanos, y de animales no humanos, y más que eso. Es un fenómeno de las cosas vivas.»

consciencia también ha sido esgrimida por Howard H. Pattee en varias de sus publicaciones, pero tal vez más claramente en su *fenomenología de la célula* (Pattee, H., 2015)[11], donde a pesar del lastre que arrastra del adaptacionismo neo-darwinista y lo confuso que pueda resultar su uso del término consciencia (*consciousness*), pues a veces lo confunde con 'pensamiento', expresa con física claridad que la experiencia sensorial -eso que Imanishi llama reconocer- de la vida más simple: una célula, es sentir que existe aun cuando no piense. Pattee para aclarar esta idea recurre a algo que él llama el 'corte epistemológico' que es lo mismo que nosotros en otro contexto hemos llamado la 'función sensorial', y que acá, inspirados por Imanishi encontramos asociado al concepto de 'el constituir'.

Notamos acá como el término 'consciencia' más vinculado a lo mental y fisiológico, no sin polémica, se acerca al concepto de 'conciencia' más vinculado a lo escrupuloso o moral; así como en inglés *consciousness* se acerca a *conscience*. La etimología indica que a ambos idiomas les viene la conciencia del latín *consciuis* y *conscientia*. Estos términos originales en latín se traducirían como «conocimiento compartido y cómplice»; y se interpretaría consciencia y conciencia -salvando el tiempo, las distancias y las apariencias- como conocimiento compartido con otro o con uno mismo, o en otras palabras, conocimiento que encuentra a otro que se le parece, que se conoce otra vez. Como vemos el uso del término 'reconocimiento' empleado por Imanishi no es solo azar, también es necesidad.

Imanishi haciendo gala de su talento para arrojar luz sobre ciertos y simples conceptos que siempre estuvieron allí, pero que no podíamos ver, encandilados como aún lo estamos por el pensamiento neo-darwinista y molecular que prepondera en nuestra modernidad, y haciendo gala de su capacidad para batir nuestras emociones como meciéndolas en su prosa que jamás pierde el decoro, nos trae nuevos conceptos, que no son nuevos sino originales, o que no son originales sino *originarios*, es decir, el retorno a un lugar que ya habíamos visitado en un futuro no tan lejano.

Comencemos por mencionar uno de ellos. Así como sobre similitud y diferencia emerge el concepto de afinidad, *sobre* la estructura y *en el* ambiente de éste último surgen los conceptos de historia y sociedad. Pero detengámonos *por ahora* en el concepto de afinidad. De historia y sociedad tal vez es mejor hablar solo luego de comprender estructura y ambiente, pero de estos temas se encarga Imanishi solo luego de aclarar algunas cosas fundamentales. De momento conformémonos con esto de la afinidad. Para ir comprendiendo la intuición detrás de este concepto vale traer a colación algunos términos relacionados, tales como vinculación y otro anglosajón que se ha puesto de moda gracias al enciclopedismo internauta (es decir la Internet): link, traducido al castellano como vínculo.

El concepto de afinidad de Imanishi consiste en entrever que las cosas entre más similares son más afines y entre más diferentes son menos afines. Así, explica el nipón, que por ejemplo dado que somos más similares a un mono que a una ameba, compartimos en consecuencia mayor afinidad, mayores vínculos, con los primates. Es una lástima que Imanishi[6], Uexküll[16], Portmann (Portmann, A., 1967)[12], Bruno (Bruno, G., 2004)[1], Castaneda (Castaneda, C., 1991)[2], etc,... no estén acá conversando en un mitote con *nosotros*, pues todos estos investigadores cual brujos intrépidos de aquel futuro no tan lejano que ya mencionamos, como

Don Juan[2], nos hablan de diferente manera de lo mismo. Bruno y Don Juan que se reconocieron a sí mismos como apócrifos brujos, cuántas cosas no dijeron de afinidad.

Imanishi, por ejemplo, nos explica que entre el mundo de nosotros y el mundo de los otros, digamos por ejemplo el de los humanos y el de los monos, se construye, eso que hoy en día llamamos una comunicación, y se construye tal comunicación sobre las afinidades. El chimpancé y el humano se reconocen el uno al otro, y así entablan una comprensión mutua, eso que algunos de los autores mencionados han llamado empatía, que aumenta en la medida que es mayor la afinidad del uno por el otro. Imanishi avanza dos pasos adelante y toma impulso dando cada vez un paso atrás, y nos recuerda incesantemente que “Debido a que las diversas cosas de la Tierra son el resultado del crecimiento y el desarrollo de una cosa única, podemos reconocer este mundo y, debido a su origen único, reconocerlo inmediatamente, lo cual significa reconocer la afinidad que hay entre ellas.”

De este modo el concepto de afinidad no solo se sostiene sobre los de ‘origen común’, ‘similitud’ y ‘diferencia’, también sobre el de ‘reconocimiento.’ Imanishi lo expresa del siguiente modo: “el reconocimiento de las cosas significa el reconocimiento de una afinidad”. Imanishi define ‘reconocer afinidad’ como ‘inferir similitud’ pero no sin advertir que de ninguna manera *reconocer una afinidad* o *inferir una similitud* sean funciones que estén restringidas por la estructura del pensamiento. ¡Nos rendimos así, gracias a Imanishi, ante la posibilidad de que una euglena, carente de corteza cerebral, pueda reconocer e inferir conscientemente!

Cuando Imanishi, al igual que Don Juan, dice mundo, o dice nuestro mundo, se refiere a eso que compartimos en el Umwelt, la semiósfera y la noósfera. Ninguna de estas entidades limita la vida exclusivamente al planeta tierra como entidad exclusivamente geológica, sino al reconocimiento de las afinidades del mundo que es geológico, biológico y cosmológico. Imanishi se refiere a esa capacidad que todos tenemos y respondemos en función de ella de diversas modos.

Imanishi insiste sin cesar en que el reconocimiento de las afinidades entre las cosas del mundo depende esencialmente del grado de similitud que haya entre ellas. El japonés enfatiza que a partir de un reconocimiento se constituye una respuesta. Se distingue así en ese espacio-tiempo de la respuesta una forma única e irreplicable. Se distingue así el símbolo. El símbolo hemos dicho ya[10], es un objeto irreversible, es decir irreplicable. El símbolo es esencialmente objetivo, aunque nunca es definitivo pues está sujeto a la interpretación. Es de hecho un objeto renunciable, pues no es definitivo. Aun así, como alude Imanishi, el reconocimiento de la afinidad invoca una respuesta que varía según sea la similitud entre el sujeto que reconoce y el objeto reconocido. Esta variación en la respuesta, es lo que nosotros comúnmente llamamos variación en la invocación (del símbolo).

Si por ejemplo un mono sujeta nuestra mano derecha con su mano derecha, digamos en un zoológico; dada su afinidad con nuestra humanidad, pues ellos de *eso* tienen mucho, obtendrá de nosotros una respuesta a todas luces distinta de la que obtendrá al sujetarse simultáneamente con su mano izquierda en un barrote de la jaula. Y no es que el barrote de su jaula no responda al tacto de nuestro primate, lo que pasa es que el barrote de metal frío e inquebrantable le dice al primate como al igual nos lo recuerda a nosotros mientras dejamos que el primate sostenga

nuestra mano, que él no tiene a donde ir, . . . mientras que nosotros sí.

Imanishi lo pone en estos términos:

(...) no debería sorprendernos que los chamanes y los poetas hayan podido conversar con las formas de vida no humanas, como los árboles y las rocas. Aun así, sus voces humanas, aunque no eran nuestra voz, tampoco fueron escuchadas con estos oídos que poseemos. Si podemos entender esto, no habrá dificultad en admitir esta clase de experiencia comunicativa. No creo que la vida que conocemos exista, de la misma manera, en las cosas no vivientes. No hay problema en admitir, sin embargo, que las cosas no vivientes puedan poseer su propia clase de vida. Podemos criticar el punto de vista antropomórfico como subjetivo y no científico pero, de la misma manera, podríamos criticar el punto de vista que considera a los animales como simple materia o autómatas, a pesar de nuestra respuesta subjetiva ante ellos como seres vivientes. La primera visión considera a las cosas inertes como cosas vivas y la mencionada últimamente relega las vivientes a la misma categoría de las inertes: ambas son subjetivas y acientíficas. Yéndonos a un extremo, el enfoque mecanicista de lo viviente podría aplicarse, igualmente, a lo humano, pero se trataría de un pensamiento inapropiado que ha sido aplicado tan solo a los otros animales, probablemente porque a nosotros, los humanos, no nos agrada.

Hay quien pudiera sentirse confuso con este juego de opuestos: sujeto versus objeto. Y es que la cosificación de la vida que ha venido ensombreciendo estas ideas tan simples como hermosas hace difícil comprender que todas las cosas tienen consciencia. Eileen Crist[4] quien tal vez no conoce la obra de Imanishi, igualmente así lo denuncia. Lo que ella llama mecanomorfismo el japonés lo expone de este modo: “La biología debe tratar a las cosas vivientes como tales, no como especímenes carentes de vida”. Imanishi sostiene, al igual que el alemán Portmann, que la perspectiva del biólogo no puede ser otra que la de un ser humano.

Si seguimos con nuestro afán objetivista y pseudo-científico de hacer observaciones y estudios de la vida sin reconocernos como sujetos, sin reconocernos como constituyentes de la vida misma, caeremos irremediabilmente en una visión mecánica y sobre-simplificada del mundo, que de científica no tiene nada.

La etología de Konrad Lorenz y Niko Tinbergen comenzó con buen pie a estudiar el comportamiento de los animales en su propio entorno, fuera del laboratorio. Una metodología diametralmente opuesta a la utilizada por los psicólogos conductistas. Sin embargo, los etólogos acusados de antropocéntricos (como ha sido el caso de Imanishi, Portmann, etc), se dejaron llevar por las críticas cambiando poco a poco de predicado, y su verbo deformó en cosa estancada y e insensible. Hoy en día la etología ha perdido el rumbo al hacer uso de un lenguaje para describir el comportamiento de los animales cada vez más aséptico, cada vez más “objetivo”, cada vez más estadístico, y cada vez más mecánico[4]. Evitando el uso de adjetivos que identifican emociones que supuestamente son de exclusividad humana tales como odio, amor y belleza, perdieron el Sur que el mismo Darwin había emprendido en el HMS Beagle desde el norte hacia nosotros, hacia la otredad de la enorme diversidad de especies del trópico.

Imanishi menciona con nostalgia como en alguna época existía la historia natural en la cual la biología y la geología eran indistinguibles, como también lo refiere Vernadski[17]. El renacer de la idea de que estas disciplinas “se deben la una a la otra” alude al concepto de biosfera. La perseverancia del japonés con respecto a la idea de que todas las cosas compartimos un origen común que fundamenta nuestras similitudes y reconocimiento de nuestras diferencias, le permite a él sostener que cada cosa viviente debe ser estudiada desde su perspectiva, desde su mundo, desde su hábitat.

Imanishi explica el asunto de esta manera:

Mirar todas las cosas vivientes en su propia conveniencia significa, realmente, que las reconozcamos con justeza en sus afinidades, haciendo nuestra inferencia de su semejanza más racional y consistente. Para reiterar, intentamos humanamente comprender el mundo de las demás cosas vivientes desde nuestro propio punto de vista; sólo podremos, por lo tanto, interpretar y expresar su mundo en términos humanos. La biología que carezca de un conocimiento intuitivo de las semejanzas sólo podrá proveer una visión mecanicista y empobrecida del mundo viviente. Podemos agregar que la racionalización de esta comprensión intuitiva de la semejanza es la esencia de la nueva ciencia de las cosas vivientes.

El ideario de ecología que prevalece en el ‘imaginario’ (sensu Cegarra, J., 2012.[?]) del científico de hoy en día, en el contexto de la ideología ‘eurocéntrica’ (sensu Dussel, E., 1993.[5]) que inunda casi todas las academias de los 5 continentes, deja pocos intersticios para el renacer de las ideas intempestivas de Imanishi. De igual belleza hacia el futuro son las ideas de Portmann, Croizat y Verdnasky, etc, etc, que son como magma que renace por entre las grietas. Que no son otras que las ideas bioliterarias, bioimaginarias, y semiobióticas de brujos, magos y poetas.

El pensamiento obtuso, molecular, genético y adaptacionista, cual ideología al servicio del capitalismo se resiste a las mareas pluriversales que bañan en la orilla, por necesidad y azar, el imaginario ecológico que sostiene el espíritu de la vida misma.

Si no reconocemos los enormes atisbos de arte que impregnan la nueva ecología, la nueva biología y la nueva ciencia, esas que están por renacer; si no asumimos nuestro compromiso artístico en nuestro estudio de mundo, la concepción del mundo biológico no será otra cosa que una paráfrasis incompleta de todos los tipos de organización que conviven con nosotros. Como dirían Imanishi y Vernadski, si no lo hacemos así no es científico.

Imanishi, al igual que Portmann, defiende la posición de que se debe presentar el fenómeno vivo y los estudios e investigaciones que se hacen de y sobre él desde una perspectiva propia, desde la sensibilidad del autor, sin evadir la responsabilidad del sujeto que observa desde su subjetividad. El japonés, al igual que el alemán, no se niega a la posibilidad de imprimir y reconocer caracteres autobiográficos en su quehacer científico.

Imanishi comenta sobre esto así: “Lo que intento, mediante esta pequeña obra [El mundo de las cosas vivientes], no es escribir un tratado científico, sino ofrecer mi punto de vista personal

sobre el mundo, la fuente de inspiración de mis trabajos científicos. En este sentido representa mi autorretrato.”

Y este autorretrato, *El mundo de las cosas vivientes*, ha sido reconocido por sus colegas, a pesar de la humilde apreciación de Imanishi, como un documento plenamente científico, como cualquiera de sus otras publicaciones. Imanishi asume en lo autobiográfico de su obra atisbos de imperfección que son naturales, que son de esperar, pues la suya no es la visión de un pedante especialista sino la de un auténtico e íntegro humano sujeto a miedos e inseguridades, pero investido así con una super-sensibilidad. El nipón nos lo dice así: “Hay tanto que decir sobre lo material, que a menudo podría haber pasado por alto cosas que aún no estaban lo suficientemente claras; pero si han de ser dejadas imperfectas, entonces debe tratarse del autorretrato.”

También nos dice:

Así, cuando uso expresiones tales como la sociedad de las cosas vivientes, o el amor de las cosas vivientes, o aún la noción de arte, que ha sido considerada como exclusivamente humana, no debería convertirse en un problema para los lectores, ni frustrarlos, pues esta manera de describir las cosas no implica que los otros seres vivientes sean clasificados en el mismo nivel que los humanos, ni que los humanos han sido reducidos al nivel de las demás cosas vivientes.

Tomemos la palabra “sociedad”, por ejemplo; los humanos, las plantas y los animales son diferentes, de tal manera que sus respectivas sociedades naturalmente difieren. Sin embargo, como los humanos, los animales y las plantas son todas cosas vivientes y, por lo tanto, similares en su relación de afinidad, de manera que poseen una similitud esencial en sus características fundamentales. Esto no es en absoluto sorprendente, pero admitir estas características y expresarlas propiamente en nuestras propias palabras, de manera que podamos entenderlas, es la expresión de nuestro reconocimiento de estas respectivas cosas vivientes.

Al igual que como lo hemos expresado nosotros en *La belleza de la ecología sensorial*[10], Imanishi atiende el concepto de supervivencia que prevalece en la biología clásica y le hace contraste con el concepto (autobiográfico) de identidad. No se trata tan solo de sobrevivir sino de identificarnos con nuestras vivencias y convivencias a medida que despejamos las incógnitas biológicas. No se trata de sobrevivir sino de vivir. Terminamos así este ensayo sobre el gran Imanishi dejando que sea él quien le ponga las últimas palabras:

El objetivo de la biología no está relacionado solamente con los recursos para nuestra supervivencia, sino también con la providencia de materiales, por los cuales reflejemos nuestra propia identidad, aclarando que también somos parte de este mundo viviente, que tenemos una afinidad biológica con él y con el hecho de que la raíz de nuestro comportamiento se halla, por lo general, en el mundo de las cosas vivientes.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer las *eternas* charlas que sobre estos temas hemos sostenido con el Colectivo de LabEcoSen. En especial quiero darles especiales gracias a Elis Aldana, a Óscar Páez, a Ángel Vilorio y a Mariella Márquez, por *aportarme* y sobre todo por *soportarme*. Finalmente, me siento agradecido con el chofer anónimo que manejaba el bus desde Mérida a Ciudad Ojeda, y con todos sus pasajeros, pues allí se me ocurrió y escribí el primer borrador de éste ensayo.

Bibliografía

- [1] Bruno, G. (2004) *The expulsion of the triumphant beast*. University of Nebraska Press: Bison Books.
- [2] Castaneda, C. (1991). *Una realidad aparte*. (6^a ed.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- [3] Cegarra, J. (2012). Fundamentos teóricos epistemológicos de los imaginarios sociales. *Cinta de Moebio*. vol. 43: pp. 1-13.
- [4] Crist, E. (1998). The ethological constitution of animals as natural objects: the technical writings of Korand Lorenz and Nikolaas Tinbergen. *Biology and Philosophy*. vol. 13: pp. 61-102.
- [5] Dussel, E. (1993). Europa, modernidad y eurocentrismo. *Revista de Cultura Tecnológica*. pp. 69-81.
- [6] Imanishi, K. (2011). *El mundo de las cosas vivientes*. Caracas: Ediciones IVIC. pp. 41.
- [7] Kleisner, K. The Semantic Morphology of Adolf Portmann: A Starting Point for the Biosemiotics of Organic Form? *Biosemiotics*. vol. 1: pp. 207-219.
- [8] Lotman, I. M. (1996). *La semiosfera I: Semiótica de la cultura y del texto*. Valencia: Ediciones Cátedra S. A., 1996.
- [9] Machado, A. (1975). *Prosa, Cuba*: Editorial Arte y Literatura. pp. 11-12.
- [10] Otálora, F., Aldana, E. (2017). The beauty of sensory ecology. *History and Philosophy of the Life Sciences*. (*en prensa*)
- [11] Pattee, H. H. Cell phenomenology: The first phenomenon. *Progress in Biophysics and Molecular Biology*. vol. 119: pp. 461-468.
- [12] Portmann, A. (1967). *Animal Forms and Patterns: A Study of the Appearance of Animals*. Berlin: Schocken Books.

- [13] Sequeros, L., García, C. M. (2014). “Eduard Suess (1831-1914): el hombre que quiso cambiar la faz de la Tierra,” *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 37, 2014, pp. 147-154.
- [14] Silva, L. (2011). *Teoría de la ideología – Contracultura*, (2ªed.). Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana. pp. 365-368.
- [15] Teilhard de Chardin, P. (1976). *El corazón de la materia*. Bilbao: Editorial SAL TERRAE Santander, pp. 33.
- [16] Uexküll, J. V. (1982). The theory of meaning. *Semiotica*. vol. 42, pp. 25-79.
- [17] Vernadski, V. I. (2007). *La biosfera y la noosfera*. Caracas: Ediciones IVIC.